
REVISIÓN DE RODÓ

Cuando, hará pronto diez años, en oportunidad del repatrio de los restos de José Enrique Rodó, — muerto en Italia — publicamos en la prensa nuestro estudio crítico acerca del afamado escritor uruguayo, una tempestad de odio y de dicterios se alzó contra nosotros.

Eran días aquellos de ciego culto idolátrico y de hipérbole laudatoria. Los más altos títulos y los adjetivos más resonantes parecían pocos para arrojarlos, como ofrendas al pie del catafalco solemne, en las exequias más grandiosas que haya visto el país. “Maestro de América”, “pensador genial”, “pastor de almas”, “sublime profesor de idealismos”, “Mentor de la juventud”, “máximo escritor del habla española”, “supremo estilista de nuestra lengua”, “faró inmortal de nuestros pueblos” “Bolívar intelectual del Continente”; éstos y otros calificativos no menos fervorosos, desmesurados, llenaban la boca de los oradores, caían de la pluma de los periodistas, se sembraban en las escuelas infantiles y en las aulas universitarias, eran oficialmente acuñados en los documentos del Gobierno, y se propagaban, sobresaturando todo el ambiente psíquico del país, hasta sus más quietos rincones, al ser repetidos, con perfecta ignorancia, por la multitud, en aquella ocasión, como en todas, movida por las sugerencias de la prensa.

Rodó había sido, en vida, un escritor muy respetado por la minoría más culta, y muy poco conocido de la mayoría que no había leído sus libros. Al morir, y más aun, al celebrarse, meses después sus exequias, traídos sus restos desde Italia, Rodó se convirtió en un ídolo nacional. Los conceptos hiperbólicos y los resonantes adjetivos — repetidos en todos los ar-

tículos de la prensa, en los escaños parlamentarios, en los documentos oficiales, en los panegíricos fúnebres, en las elocuciones escolares,—adquirieron un carácter dogmático. Rodó era, en 1920, un dogma intangible para la crítica. Pretender examinarle, era heregía monstruosa; poner en duda cualquiera de los títulos acordados, blasfemia proterva.

Nosotros nos levantamos entonces, para decir, sinceramente, nuestro juicio. Las circunstancias nos eran adversas, y hubiera sido más conveniente para nosotros el callar, ya que nuestra conciencia no nos permitía creer en el dogma, y plegarnos al coro unánime de los devotos.

Acaso fué soberbia en nosotros el hablar, pero no pudimos callarnos. No recordamos bien, ahora, si medimos entonces todas las probables consecuencias de nuestra actitud y obramos a pesar de ello; o si creímos ingenuamente que la amplitud de espíritu de nuestros conciudadanos respetaría nuestra libertad de crítica. Si esto último creímos, nos equivocamos lamentablemente; si lo primero, podemos estar satisfechos de nosotros mismos. En ambos casos, de nada tenemos que arrepentirnos.

Sucedió entonces, lo que, comprendemos ahora, era forzoso que sucediera. Nuestra actitud crítica fué recogida como una blasfemia contra el ídolo, nacida de oscuras intenciones, y como un temerario desafío a la opinión pública ortodoxa. Fué uno de los mayores escándalos habidos. Todos y todo se volvieron contra nosotros, declarándonos réprobos.

Se hizo a nuestro alrededor el vacío, se nos aisló en el silencio. Pocos hombres han sido tan odiados como nosotros, en este país, después de

esa actitud. Hemosido,—y aun todavía lo somos, para muchos — algo así como el anticristo literario del Uruguay.

Anotamos estos datos para la historia literaria del país, sin postura trágica alguna, y casi sin rencor... Si comprender es perdonar, nosotros hemos perdonado largamente a los uruguayos, la copa de cicuta a que se nos condenó, por el delito de haber negado a los dioses. La historia se viene repitiendo, desde Sócrates. Pero como la verdad no se mata, nosotros estamos hoy, más fuertes y seguros que ayer. Cuando nos quedamos solos en medio de todos, sabíamos que nuestra posición era la del futuro; pero no un futuro póstumo sino cercano; tanto que, ya empiezan a darnos la razón.

Es evidente que, en todo este fenómeno, ha jugado un rol preponderante la estrecha e ingenua psicología del provincianismo, mal de herencia colonial, que padece casi toda la América española.

El ilustre publicista Juan Carlos Gómez escribió una vez, con frase profética, que, por más progresos que realizara esta República, nunca dejaría de tener un espíritu de provincia. La profecía se ha cumplido bastante, hasta ahora, al menos. Y una de sus más típicas manifestaciones — entre otras muchas que pudieran citarse — ha sido ese episodio de la consagración del dogma—Rodó, y de nuestra condena por haber negado tal dogma. Después de todo, el asunto no deja de tener un fondo de ironía, que se hubiera prestado singularmente para un capítulo mordaz de Anatole France.

Puede decirse que, al fin de cuentas, nuestro nefando delito consistió en habernos sustraído al ingenuo y estrecho provincianismo ambiente, para discernir con criterio de hombre que posee cierta cultura metropolitana... No pretendemos nada más; pero nada menos. Quisimos reducir la figura de Rodó a sus proporciones justas, apreciarla en sus valores netos, recortarla en sus líneas propias, quitándole cuanto de desmesurado y de ficticio había puesto en ella la deficiente cultura intelectual de la burguesía latino-americana.

Así reducida y recortada la figura intelectual de Rodó en sus justas líneas, quedaba una personalidad de escritor altamente estimable: pero, comparada con aquella otra hiperbólica

del culto ortodoxo, resultaba demasiado pequeña; y se tuvo la sensación de que se le destruía.

Sin embargo, como la nuestra, y no la del culto ortodoxo era la verdadera, el tiempo, inflexible y supremo juez de toda contienda, está ya destruyendo ésta, para dejar en pie aquélla. Diez años han bastado para que las cosas empiecen a ocupar el lugar que nosotros les asignamos. ¿Qué ha ocurrido entretanto?; ¿una intensificación de cultura, en ciertos sectores de la intelectualidad nacional?; una vivencia más honda de ciertos problemas anímicos y sociales, en contraste con las idealidades académicas del "Maestro"? Ambas cosas, tal vez. Lo cierto es que, de dos puntos bien distintos de nuestro campo cultural, ha partido el intento de revisión; y que, el resultado de esa revisión coincide, en lo fundamental, con nuestra crítica.

• • •

Ante todo, los jóvenes que es lo que más interesa. "Ariel", órgano del centro de estudiantes así llamado — nombre que indica su nacimiento, ha pocos años, bajo el signo tutelar del *Maestro* — ha reaparecido trayendo, como editorial, una nota titulada "La Revisión de Rodó", cuyos conceptos esenciales, vienen a coincidir y corroborar los que, en nuestra crítica expusimos nosotros, jóvenes de 1919, más jóvenes en 1928.

Dicen los estudiantes de "Ariel", entonces adolescentes de Secundaria, hoy próximos a la abogacía:

"Sometiéndole la obra de Rodó a la experiencia de una veraz y entrañable relectura, ¿qué impresiones recibimos?"

Desde luego, sentimos que su adoctrinamiento no había realmente tocado nuestra profundidad espiritual; tan sólo había seguido, sin vigorizarlo, el vago perfil de un idealismo de adolescencia. Habríamos de confesar que la doctrina del maestro está ausente del proceso de nuestra definición personal y ajena a nuestra fervorosa participación en el sentido histórico del tiempo que vivimos. La unidad de vivencia que Rodó suscitara en nosotros, notamos hoy que consistía en una penetrante sugestión estética y en una emoción de vaga idealidad.

¿Cómo explicar esta desconcertante revelación? En una función de los acontecimientos actuales? ¿Por esa carencia de originalidad en el ideario de Rodó, que hizo de su pensamiento un tributario de la filosofía francesa de mitad del siglo pasado? ¿Acaso por falta de vehemencia en el tono de su acción magistral? Ninguna de estas preguntas agota a la primera. Son insuficientes, o bien, secundarias. Busquemos la explicación decisiva en el módulo mismo de la doctrina de Rodó, es decir, en el sentido que ésta nos da de la vida".

Y, párrafos adelante:

"Es natural, pues, que la doctrina de Rodó se nos presente asediada por un diletantismo idealista", por ese diletantismo, precisamente al que poniéndole coto, de continuo, en "Motivos de Proteo", a semejanza de quien tuviera que rectificar constantemente sus fronteras por la peligrosa vecindad de un enemigo.

La dinámica de nuestros gestos no puede ensayar la sonrisa amable y serena en que se expresa el idealismo de Rodó. El maestro ha dejado de ser una presencia activa en nuestra formación espiritual".

• • •

Del sector inquieto y dinámico de la nueva generación, representada por los estudiantes del grupo "Ariel", saltamos al sector opuesto, al de la burguesía doctoral y conservadora, a aquel donde el culto de Rodó se mantiene con solemnidad académica.

El doctor Gustavo Gallinal, joven político de la extrema derecha, prestigioso universitario, católico y fino hombre de letras, publicó en el volumen 3.º de "La Pluma" un interesante artículo titulado "El Alma de Rodó", en el cual, a la vuelta de diez años, intenta revisar los conceptos críticos acerca del autor de "Motivos de Proteo", del cual fuera, tanto por razones intelectuales como por razones políticas, uno de los panegiristas más unciosos.

Dice: "Ahora, al volver a Rodó después de esta penumbra, para el Maestro tan llena de vislumbres y presentimientos luminosos de inmortalidad, su figura armónica y serena resurge a nuestros ojos en quietud pensativa de estatua. Si los motivos de admirarlo no subsisten idénticos, tales como los formulamos en una hora fervorosa de nuestra adolescencia; si al golpear de nuevo para hacerlas resonar, algunas de sus cinceladas ánforas, nos ha respondido el ruido del vacío; si hemos puesto sordina a muchos de nuestros entusiasmos no razonados, más allá de toda crítica, más allá de toda negación parcial, el sentimiento de admiración y de respeto por su figura de pensador y de artista, aun alienta en nosotros, cálido y cordial".

Aun cuando el distinguido escritor, cuyas frases acabamos de transcribir, se esfuerza por sostener el tono apologético de su discurso, se percibe en él, algo como la dulce sombra de un gran amor juvenil, sobreviviendo en el corazón, a la desilusión del entendimiento.

El Dr. Gallinal habla ya de Rodó como el discípulo doctorado hablaría del viejo maestro de su adolescencia, cuyo saber ha superado, pero cuya noble figura vive en su cariño y en su respeto.

Después de un largo exámen, el articulista, aunque empleando muchas cautelas y eufemismos, deja a Rodó, como títulos a la admiración de la posteridad, su "sazón de cultura", su "madurez de espíritu", "ecuanimidad" su "dominio del instrumento de la palabra", calificándolo, en fin, como "el espíritu más armonioso y sereno que haya surgido en tierra americana".

No menos que eso reconocimos nosotros en Rodó, — aparte el tono uncioso de antiguo discípulo—cuando cayó sobre nosotros, hace casi diez años, el juicio del Sanhedrin...

A L B E R T O Z U M F E L D E

